

# Índice

Prólogo .....	9
Capítulo primero. Critias (427-419).....	13
Capítulo segundo. Dracón (419-409).....	35
Capítulo tercero. Crátilo (409-407) .....	43
Capítulo cuarto. Sócrates (407-399).....	55
Capítulo quinto. Euclides (399-393).....	79
Capítulo sexto. Teodoro (393-389).....	95
Capítulo séptimo. Filolao (389-380).....	107
Capítulo octavo. Cabrias (380-371).....	133
Capítulo noveno. Isócrates (371-367) .....	145
Capítulo décimo. Arquitas (367-366) .....	161
Capítulo decimoprimer. Hermógenes (366-364)	177
Capítulo decimosegundo. Eudoxo (364-361) .....	193
Capítulo decimotercero. Dion (361-355) .....	211
Capítulo decimocuarto. Jenofonte (355-347).....	221
Index locorum.....	231
Index verborum.....	263
Index nominum.....	267
Index interpretum.....	279

## Prólogo

Desde hace más de treinta años me ocupo de la filosofía griega, y en ese tiempo he cambiado a menudo no tanto de contenidos (que están siempre situados en la fase inicial, desde los orígenes a Platón) como de métodos, terminando, en la última década, por hacer más historia de la cultura griega que de la filosofía. Recuerdo que, de algún modo, ya en mis primeros estudios sobre el pensamiento antiguo me batí (quizá con demasiado ímpetu, dada la joven edad) contra el mismo enemigo que encuentro hoy ante mí: la aproximación a los antiguos en función de los problemas modernos; la búsqueda de su actualidad; la elección de una de las posibles interpretaciones de sus escritos y discursos determinada por preocupaciones de coherencia interna de sus «sistemas», o, peor aún, por preocupaciones de inserción de su pensamiento en una presunta «historia del pensamiento occidental» concebida como un largo debate dotado de leyes internas que finaliza con la progresiva formación de determinados problemas y conceptos. Mi permanente adversario siempre ha sido el historiador que, al estudiar a Parménides o a Sócrates o a Platón, tenía fijo en la mente no el problema (que es el

mío) de qué es lo que los sabios antiguos tenían en la cabeza en una época y en un ambiente sociopolítico tan distinto al nuestro, sino el problema de qué es el eleatismo, el socratismo y el platonismo. Las categorías con las que él reducía a esos hombres hechos de carne y de sangre, y vibrantes de pasiones ciudadanas, y los han introducido en la «historia del espíritu» (si queremos decirlo a la alemana) o en la «historia de las ideas» (si preferimos el estilo anglosajón). Desde la lejana juventud hasta hoy mi enemigo no ha cambiado, si acaso ha adoptado un rostro más preciso el amigo: el rostro del principio gramsciano en virtud del cual la cultura no nace por partenogénesis de la cultura anterior sino que el óvulo cultural incorpora de forma determinante, en los propios cromosomas, al espermatozoo equipado por el contexto ambiental. Un contexto que, en el caso de la primera cultura griega, no es la Hélade como nación (que surge más bien tarde), sino la ciudad de nacimiento o de adopción del hombre de cultura, con su auditorio tan bien precisado en el lugar y en el momento (aunque no siempre especializado en los intereses culturales), con sus disputas internas y externas, con sus conflictos de clase y de *génos*, con su curiosidad por la ciencia, con su desconfianza hacia los hombres de ciencia.

En la *Repubblica cosmica* quise contar, en este contexto, el *nacimiento* de la filosofía en la segunda mitad del siglo quinto; en el presente libro, y siempre en el mismo *hábitat*, intento reconstruir la *infancia* de la primera mitad del cuarto. Si la filosofía tuvo por madre la «ciencia mítica» del helenismo periférico arcaico, por padre el círculo ateniense de Pericles, por comadrona al insuperable mayéutico Sócrates, está fuera de dudas que Platón fue el espléndido pedagogo idóneo para

llevarla de la mano en los primeros pasos, inciertos, hacia la autosuficiencia, que esta alcanza en la segunda mitad del siglo, con el Aristóteles maduro. Por infancia de la filosofía entiendo el periodo (coincidente, *grosso modo*, con la primera mitad del siglo cuarto) en el que Platón, Isócrates, Jenofonte, el mismo Aristóteles, la concibieron como la búsqueda desinteresada del saber, la curiosidad por la ciencia como fuente de respuestas y no de aplicaciones técnicas. Por salida de la infancia entiendo su configurarse como una ciencia entre las ciencias, de las que se distingue por el contenido y por los métodos y sobre las que termina por destacarse como «ciencia primera».

Pero al igual que el discípulo por él acogido, también el pedagogo vive en los mismos contextos sociopolíticos ciudadanos: en Atenas, en Tarento, en Siracusa, en Cirene, en Mégara, Platón se encuentra con los sabios y los políticos, nutriéndose de esa simbiosis de saber y de poder que es la cultura, y esa cultura va nutriendo a su vez a la jovencísima alumna. La filosofía, por tanto, tuvo tantos pedagogos menores como maestros, amigos e inspiradores tuvo su pedagogo principal; y Atenas, Tarento, Siracusa, Cirene, Mégara enriquecieron su alimento con sustancias dispares, ora científicas ora políticas. La infancia de la filosofía y la vida de Platón son ricas en nombres y sugerencias.

En el golpe de timón del siglo cuarto, cuando la joven criatura se convierte en adolescente y autosuficiente, cuando al pedagogo Platón y a sus ayudantes les sustituye el catedrático Aristóteles con su cohorte de asistentes, mi tarea de psicólogo de la edad evolutiva termina. Me uno entonces a Platón saludando afectuosamente a la alumna que ya ha crecido, y en lo que a mí respecta le dedico el mejor deseo que me viene a la mente: el deseo

de ser estudiada siempre y solo a la luz de las causas eficientes, y nunca a la luz de las causas finales; ser vista, en cada portador suyo individual y en cada una de sus particulares encarnaciones, como algo que tiene un pasado escrito en los documentos y no un futuro escrito en las estrellas.